ACTUACIÓN CIUDADANA QUE CORRESPONDE AL EJÉRCITO

CONFERENCIA

pronunciada por el Presidente del Consejo de Ministros, Excmo. Señor D. Miguel Primo de Rivera, en el Casino de Clases de Madrid, el día 26 de octubre de 1927





MADRID

1927

ACTUACION CIUDADANA QUE CORRESPONDE AL EJERCITO

CONFERENCIA

pronunciada por el Presidente del Consejo de Ministros, Excmo. Señor D. Miguel Primo de Rivera, en el Casino de Clases de Madrid, el día 26 de octubre de 1927



MADRID

1927

SALUTACIÓN

DEL CASINO DE CLASES PRONUNCIADA POR EL SECRETARIO DE DICHO CENTRO, SARGENTO BENIGNO PEREDA DEL RÍO

Imprenta de Juan Pérez Torres. - Pasaje de Valdecilla, 2.



EXCMO. SR. PRESIDENTE DEL CONSEJO DE MINISTROS:

EXCELENTÍSIMOS SEÑORES:

SEÑORAS Y SEÑORES:

QUERIDOS COMPAÑEROS:

Incorrecto, por desear ser atento, tal vez resulten en estos instantes con las palabras de salutación que voy a pronunciar en nombre y representación del Casino de Clases de Madrid, que hoy se honra y enaltece recibiendo en su tribuna al Excmo. Sr. General D. Miguel Primo de Rivera, Presidente del Consejo de Ministros, a quien saludamos con todos los efluvios del alma, saludo que no por expresado con rudeza, deja de tener menos afecto que el más cariñoso de todos los saludos que hasta la fecha haya recibido.

Ante todo, sean mis primeras frases de gratitud para quienes espiritualmente nos acompañan en este momento; gratitud para vosotras, bellísima representación de la mujer española, que con el cariñoso perfume de vuestro corazón aromáis la vida del soldado. Gratitud en vuestro nombre, queridos compañeros, para las ilustres personalidades y dignísimos Generales, Jefes y Oficiales que han venido a escuchar esta

conferencia del Excmo. Sr. Marqués de Estella, ya que su presencia es el mejor recibimiento que podíamos dispensar a tan insigne conferenciante .

Y al agradecer la cooperación entusiasta del excelentísimo señor Capitán general de la región, D. Felipe Navarro, que, todo bondad, mostróse constantemente interesado por el progreso y cultura de nuestro Centro social, quiero, de igual forma, reiterar con todo respeto la gratitud que sentimos hacia el excelentísimo señor General Gobernador, D. Leopoldo Saro, quien con sus sabios consejos y amor a la cultura ha sido nuestro decidido protector, y a quien es indudable debemos el éxito del presente ciclo de conferencias, que hoy inaugura con la suya el Jefe del Gobierno.

Como siempre, y en natural correspondencia al interés creciente que dentro y fuera de España despierta la personalidad del hombre insigne que rige los destinos de la Patria, resulta hoy insuficiente el salón de actos de nuestra Casa para, en su seno, acoger a todos los soldados que hubiesen gustado escucharle —y en esta palabra incluyo lo mismo a los de galones de estambre que a los de brillantes estrellas, ya que el tema: *Actuación ciudadana que corresponde al Ejército,* cuadra igualmente al sentir apacible del recluta que al pensamiento elevado del General—. Y digo es insficiente porque quien ganó laureles para recuperar tradicionales prestigios de nuestra Patria, es justo y razonable exalte en todas partes con su presencia, no sólo a los soldados que supo llevar a la victoria, para luego enviarles a descansar a sus hogares, sino a todos los ciudadanos, que vieron cómo el glorioso caudillo predicó con la arenga del ejemplo, tanto

en suelo de Africa como en el solar hispano, cual si su voluntad y salud inquebrantables, real y milagrosamente fuesen guardadas por Dios.

Ignoro si en España ha existido gobernante alguno como el actual Marqués de Estella, tan abrumado de trabajo y tan entregado a estudiar las necesidades de cada pueblo en la forma personal que lo viene haciendo.

Recuerdo, porque viene al caso, que en uno de esos viajes, cierto cronista, sagaz e inteligente—como buen centinela, siempre alerta en el campo de las letras—trató, apenas sin dormir durante tres días, de saber de una manera cierta las horas que dedicaba al descanso el Presidente. No lo pudo conseguir.

Y decía, ignoro, pero puedo afirmar ahora que ninguno, con tantas preocupaciones, dejó su sillón de la Presidencia para descender al modesto hogar de unas clases del Ejército y ofrecerles siquiera unas palabras.

Por eso, con todo respeto y virilidad, sin ruin lisonja ni vil adulación, como corresponde sencilla y sinceramente a nuestra condición de clases disciplinadas, os rendimos, Excmo. Sr., el tributo de nuestro cariño y leal admiración. (*Muy bien.*)

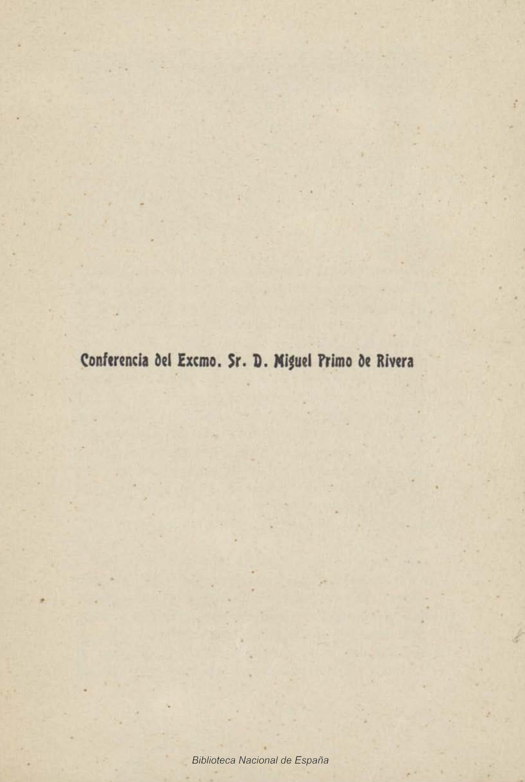
Es justo y perdonable que todos veamos en V. E. al Jefe del Gobierno, que puede aliviar y conseguir —porque las conoce—necesidades y aspiraciones de hijos abnegados. Pero ante todo y por encima de nuestras necesidades y aspiraciones, queremos el engrandecimiento de España, y si para ello fuese necesario sacrificarnos, seríamos los primeros; que del sufrimiento y el dolor nada nos asusta, y de abnegados hemos dado ya ejemplo en las pasadas y actuales páginas de nuestra historia. (*Muy bien*).

Y sabed por fin, Excmo. Sr., puesta la franqueza en nuestro corazón a flor de labio, que hoy, en este hogar, más que a escuchar al glorioso caudillo, al estadista eminente, al insigne orador y gran gobernante, han venido los soldados y clases del Ejército y Armada a deleitarse, en el recogimiento de su espíritu, con la palabra del ilustre General, que siempre tuvo para ellos sentimientos afectivos de buen padre, de padre noble, de padre generoso, de padre abnegado, consciente de su enorme influencia en la progenie que espiritualmente modela.

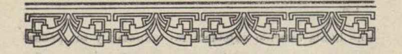
Pues no en vano estos hijos—como dijo el eximio catedrático y Presidente de la Asamblea Nacional, don José Yanguas Messía, en su famoso discurso del Teatro de la Zarzuela, son:

"Coadyuvadores eficacísimos del orden y la paz en el interior, pieza esencial, valerosa y abnegada del Ejército en campaña, espejo de virtudes ciudadanas y militares. Y son, en la familia militar, lo que debieran ser y no es en la sociedad española nuestra clase media, esta clase que con razón vapuleaba uno de nuestros más grandes escritores contemporáneos, al decir que podría realizar cotidianamente una alta misión social, si, en vez de empeñarse en ser una caricatura de los de arriba, supiera y quisiera ser un noble ejemplo para los de abajo." (*Muy bien. Aplausos*).

He dicho.



Conferencia del Excmo. Sr. D. Miguel Primo de Rivera



Señoras y Señores:

Antes de entrar en materia, he de felicitar con efusión al señor General Gobernador, a quien se debe la iniciativa de este ciclo de conferencias que me cabe el honor de inaugurar hoy, siendo tal vez la mía la más modesta de todas las que en él vais a oir; pero de seguro la que con más cariño, entusiasmo y amor se os ofrece; y he de felicitar, también, a la Junta directiva de este Casino de Clases por el impulso que ha sabido imprimir a esta institución, encauzando acertadamente su carácter y su vida cada día más próspera; prosperidad que a los Poderes públicos en general, y especialmente a la familia militar ha de sernos sumamente grata, al comprobar cotidianamente cómo aquí se armonizan las libres expansiones del espíritu y de la inteligencia con los lazos y deberes de la disciplina.

Conturbado estaba mi ánimo y preocupada mi imaginación antes de ocupar este lugar porque acaso no había podido dar a la conferencia que voy a desarrollar, siquiera en brevísimos términos, la preparación que requería, no solamente la cortesía del auditorio, sino, de un modo principal, la esencia de la idea, que había de exigir, para que no se saliera de los límites a

que había querido sujetarla mi voluntad y mi pensamiento, una preparación que el tiempo y las circunstancias no me han permitido darle. Pero el interés que ha despertado, la expectación con que os disponéis a escucharla y la misma aglomeración de personas que se disputan el espacio disponible en estos locales, son para mí ya un voto previo de asentimiento y de simpatía, que, unido a las muy elocuentes palabras que acabamos de oir, constituyen caudal de confianza y base de tranquilidad para desarrollar la disertación que bajo el epígrafe "Actuación ciudadana del Ejército", voy a comenzar en estos momentos.

He elegido este tema precisamente para esclarecer en la vida real y en los momentos que la Partia española vive, la situación que puede y debe ocupar cada uno, a mi juicio, dentro de las actividades sociales, ciudadanas, políticas y profesionales; y porque, como he sido yo acaso, con el 13 de septiembre, con las muchas palabras que he tenido que pronunciar después de esa fecha, y con las muchas ideas que he tenido que esparcir, el que ha traído una situación para algunos no perfectamente definida de la actuación militar en la vida nacional, me correspondía a mí, en conciencia, aprovechar la primera ocasión que se me ofreciera—y ésta la tengo por muy propicia y afortunada—para restablecer y fijar bien los conceptos de este pensamiento.

Tienen los hombres, por derecho natural e innato, diversos deberes que cumplir: a los unos no les corresponden acaso más que los deberes ciudadanos y los familiares, individuales; a los otros corresponde, porque a ellos acuden con su aportación o porque a ellos les impulsa la exaltación de sus espíritus, los deberes

políticos; y a otros les corresponden los deberes profesionales, tomando gradación estos deberes según la calidad, la ética, la elevación y el carácter de religiosidad que pueda tener cada una de las profesiones elegidas. Los militares, como los sacerdotes y como todas las profesiones que se fundamentan en un juramento de fidelidad, de fe, de dejación de todas las exigencias, y de todos los egoísmos personales, los militares—repito—han de atenerse, en esta escala, a considerar en primer término, que el deber profesional es el más obligatorio de sus escalones para ascender y dar cima al cumplimiento de la totalidad de los deberes. Pero los deberes profesionales—que no habré de desenvolver en estos momentos ante un público que en general los conoce y que mucho más en general los siente—no excluyen, no podrían excluir nunca la actuación ciudadana de las clases militares, en toda su gama, de arriba abajo y de abajo arriba. Por eso es necesario y es conveniente establecer una difierencia esencial entre los deberes y las manifestaciones de la actuación ciudadana y los deberes y las manifestaciones de la actuación política.

La política es algo que está verdaderamente reñido, que se puede considerar verdaderamente incompatible, con la profesión militar. No obstante, en nuestra historia se habrán encontrado muchísimos casos de infracción de esta regla, y en general, no con buen resultado, no con beneficio público. En otros países, en Inglaterra, principalmente, habrán registrado los que me oyen, leyendo la prensa, el caso frecuentísimo de que un individuo del Ejército, de más o menos graduación, generalmente o mejor dicho, siempre, del cuadro de oficiales y muchas veces no de alta cate-

goría—capitanes, comandantes—pertenece a la Cámara de los Comunes, y algunos por sus estirpe y por su rango jerárquico y social, a la Cámara de los Lores, y tienen vivísima intervención en la política; pero es que en Inglaterra, sobre que cada pueblo tiene su temperamento, su indiosincrasia, su modo especial de ver las cosas y de impresionarse por ellas, en Inglaterra—repito—se hace en este caso una veradadera separación del deber militar y de la actuación o de la conducta política que en aquellos momentos desenvuelve. Esto ha podido dar lugar, y ha dado, en algunas ocasiones, motivo a confusiones en España. Pero yo puedo asegurar a todos, y sin que yo lo asegure, todos lo habrán recogido en sus respectivas sensibilidades, que cuando un militar de la escala activa ha ido aquí al teatro político donde legalmente podía desenvolver toda su actuación—toda su actuación de esta índole—no ha solido merecer, en general, la simpatía ni de la sociedad ni menos de sus camaradas, porque entre todos nosotros reina un espíritu tan recio, podía decir tan rancio—y al aplicarle el calificativo de ranciedad no querría con esto mortificar ni clasificar de un modo adverso este espíritu a que me refiero—que nos estimamos más los unos a los otros cuánto más nos movemos en el marco de la profesión; y este permite poca expansión de aptitudes externas, porque requiere tanto, exige tanto, demanda y pide tanto de nosotros mismos, que la mayoría de esas actividades serían incompatibles con las esencias que rigen esta religión de hombres honrados que se llama milicia.

No sucede lo mismo cuando se trata de la actuación ciudadana. Esta es, en primer término, imprescriptible y es además inevitable a todo ser que forma parte de

un modo consciente de la sociedad en que vive. Así, se ha podido ver de un modo práctico, cómo la acción ciudadana se ha desenvuelto sin provocar aquellas animadversiones, ni aquellas pugnas de juicio, a que antes me refería, en un período histórico como el que venimos registrando; como pudo comprobarse, sin duda, en épocas anteriores en que acaso tenía menos brillantez y menos destellos, correspondientes también al menor número de manifestaciones externas, pero en las que, la acción ciudadana con luz propia siempre, no pudo dejar, no debió de poder dejar, en ninguna ocasión, de alumbrar y de ejercerse.

A partir del 13 de septiembre de 1923, el mismo 13 de septiembre de 1923, el Ejército, colectivamente, y sin romper para nada los lazos de la disciplina, al contrario, fortaleciéndolos por la exaltación de la espiritualidad patriótica, tomó una actitud que, examinada al través de los tiempos y aun tan de cerca como la examinamos hoy mismo, en que la poca distancia podía poner de relieve sus impurezas, si las hubiera habido, será siempre ejemplar. España, en la Historia del mundo, tenía unos antecedentes que hacían ciertamente peligrosa la intervención de las instituciones militares en su vida pública, (ved bien que huyo en este caso del calificativo de vida política) porque había pasado últimamente nuestra Patria por agitaciones políticas esporádicas y partidistas que, acaudilladas y apadrinadas por gloriosos nombres militares, dignos profesionalmente de todo respeto, y en ocasiones heroicos y excelsos, concretaban, recogían y reflejaban ante el ambiente nacional los momentos más culminantes de las luchas políticas. Y así, hombres de tan brillante historia militar como don Ramón María

Narváez, como don Juan Prim, como el primer Duque de Tetuán y como tantos otros, acaso exaltados en sus sentimientos patrióticos y ciudadanos y no encontrando otro medio ni otro modo de hacerlos efectivos, que las luchas políticas y de bando, salieron en ocasiones bien diversas, en las distintas ciudades españolas y en sus propios campos, a dirimir con las armas contiendas que debían haberse desenvuelto siempre de un modo sereno e ideológico. Y aunque aquellos hombres llenaron su época en la Historia de España y tal vez cumplieron un alto deber, que, enlazado y eslabonado con otros, haya podido permitir estos momentos de tranquilidad y serena expansión, es lo cierto que dejaron sobre el país la sombra de la palabra "pronunciamiento"; aquellos hombres, sin querer—yo quiero creer que siempre dentro de la mayor pureza, sin halagos de egoísmos, sin excitaciones materiales, sino exaltados por espiritualidades—, aquellos hombres, repito, llevando la política a los cuarteles, sacaron de ellos a las tropas y dieron lugar a que sobre España quedara como un peligro la fama y el nombre de la palabra "pronunciamiento", que en nada nos favorecía, en un concepto honorífico. Nuestros hijos americanos, aquellos a quienes hemos dado por un esfuerzo enorme de la raza española la estructura nacional, el habla hermosa de Cervantes, la formación cerebral, las afecciones, los gustos y el temperamento, a poco de verse libres y dueños de los pueblos en que habían nacido, apenas se emanciparon, reprodujeron en sus países aquellas costumbres y las trasplantaron, tal vez no traduciéndolas fielmente, acaso no inspirándose siempre en móviles tan altos, tan sanos y tan puros como los fundadores de estos hábi-

tos en nuestra Patria. Y es lo cierto, que solo a medida y a compás de su extirpación, van progresando y van entrando estos pueblos americanos, por cuya suerte nos interesamos tan vivamente, en el desenvolvimiento y en el concierto de las naciones estimadas por su civilización y por su cultura.

En España ya eso es una sombra lejana, un fantasma que se desvaneció para siempre. Si algo más había de tener de bueno el 13 de septiembre, ha tenido el poder probar y contrastar cómo en España se podía hacer, apelando a una actitud de orden, de patriotismo y de ciudadanía del Ejército y de la Armada, una importantísima revolución de los hábitos y costumbres públicos, una estructuración esencialmente nueva del modo de gobernar el país, sin que se produjera ni un solo chispazo, sin que se acusara ni una sola ambición, sin que se rompiera ni siquiera uno de los más tenues hilos que atan y forman la madeja de la disciplina, que ha de envolvernos a todos en el Ejército por igual, para ser garantía del cumplimiento de todos nuestros deberes y de la más firme asistencia a la madre Patria. (*Muy bien.*)

Y no se rompió ningún lazo, porque había transcurrido tiempo bastante; porque la vida de los pueblos había sufrido una modificación esencial; porque ya ni en los cuarteles, ni en los cuartos de banderas, ni en los de clases, ni en las bibliotecas, ni mucho menos en los dormitorios, ni en los rincones de los patios, hablaba nadie de política; porque ya sabíamos todos, de arriba abajo, lo que respecto a política nos correspondía pensar y hacer en el Ejército: mantener el anhelo constante del acierto en los hombres a quienes se les encomendara intervenir en un momento supre-

mo y singularísimo, en un momento de esos que la Historia ofrece en contadísimas ocasiones, ya que veíamos tan cercano el abismo, tan próximo el precipicio y en tan grave peligro a la Nación española, que podía justificadamente alejar de nosotros todos los escrúpulos y todas las incertidumbres.

Ese momento llegó; y llegó el 13 de septiembre, sin que yo quiera ni por un momento renovar, a los cuatro años de aquella fecha, indicaciones personales porque creo que por poco viva que sea la actuación de las conciencias de los hombres que delinquieron faltando a los deberes que para con la Patria tenían, a estas horas, cuatro años largos de amarguras y de acusación de esas conciencias, deben de haberlos purificado en términos que sería crueldad y ensañamiento, referirme a ellos en pleno triunfo; aquel momento había llegado para España, tal vez, como digo, más que por la actuación de los mismos hombres, por el enlace y el desarrollo de los sucesos trágicos que en aquellos momentos ensombrecían la vida española y ponían en entredicho su prestigio, su capacidad para gobernarse y su honor como Nación; y por eso el Ejército, sin preparación de nadie, sin intrigas, sin maniobras, sin conspiración de nadie, respondió a la voz de la media docena de Generales que tenían la fortuna de haber merecido su confianza y su prestigio, porque con ellos había compartido todas las circunstancias díficiles por que la Patria venía atravesando; respondió a esa voz de un modo tan leal, tan sereno, tan discreto y tan exaltado, que su actitud será, como he dicho al principio de mi discurso, examinada por la posteridad y calificada siempre de ejemplar; porque no fueron sólo los hombres que desde la acera

de enfrente y porque se creían desplazados de esa confianza, pensaron quizás en aquellos momentos con malsana pasión, que abierta esta puerta, que sembrada esta semilla y que iniciado este camino, serían múltiples las repeticiones, sino también algunos de buena fe de entre los que convivían con nosotros (acaso sin más excepción que los pocos que pusimos, al comenzar, toda nuestra encendida fe en la iniciación de esto, porque teníamos la seguridad de que la honrada conciencia colectiva del país y del Ejército había de secundarlo, tal vez sin más excepción que esa); hubo muchos que pensaron que en España se había abierto otra vez el camino y la era de los pronunciamientos. ¿Puede haber nada más satisfactorio para el Jefe del Gobierno que la invitación que se le ha hecho a este acto, al que tiene un verdadero placer en concurrir, no sólo porque así cree que da cumplimiento a uno de sus más estrictos deberes, sino porque quiere, sin adulación a clases numerosas, manifestar una vez más en esta ocasión y después de haberlo hecho ya varias veces, la simpatía vivísima que siente por las clases del Ejército y por los más modestos soldados? Precisamente porque he podido cantar en empresas de más empeño que esta en que hoy estoy comprometido, en empresas de vida o muerte, de gloria o deshonor, las excelsitudes de una raza, las virtudes de una generación que, recorriendo un camino de espinas, y lleno, en ocasiones, de muchas privaciones y de preocupaciones hondísimas, sabía despojarse de todo ese bagaje que tanto pesa sobre el espíritu de los hombres, para iluminarse con el más vivo patriotismo y emprender las empresas más arduas y más heroicas. (*Muy bien.*) Precisamente porque he podido cantarlo en esas ocasiones, sobre el

campo de batalla, donde cuando no flota de un modo real la enseña de la Patria española, la vemos todos con el espíritu iluminado, en los iris y en los reflejos que producen, por un lado el Sol, y por otro, los aceros de las bayonetas y de los cañones; precisamente por eso, lo he de seguir cantando toda mi vida, y lo canto con verdadera satisfacción, como digo, a los cuatro años de gobierno, durante los cuales no se ha registrado en todo el Ejército, ni por individualidades ni por clases, ni por sectores ni por categorías, ni por unidades ni por Cuerpos, un solo hecho que haya que condenar, que haya que reprobar, un solo hecho que hayamos podido tomar como síntoma de que la salud de la Patria corría algún peligro. Cuando se ha procedido así, se ha influído de un modo positivo en la ciudadanía española y se ha ejercido de un modo inevitable una acción ciudadana importantísima, porque aunque la profesión impida todas las manifestaciones políticas, pues que su ejercicio se precede de un juramento en el que van envueltos hasta los ideales, en la conciencia y en la inteligencia del hombre quedan siempre las chispas del ideal que engendró su ser psíquico; y en el sacrificio al credo jurado, de los mandatos del propio entendimiento, puede consistir muchas veces el disciplinado y consciente ejercicio de la acción ciudadana. Mandatos del propio entendimiento que no pueden obligar a un hombre a tanto como el honor, porque el entendimiento propio no es una fuerza que nos impulsa, y sí tal vez una manifestación de la soberbia cuando los anteponemos a los de los demás. Nuestro entendimiento está constituído por fuerzas que se contrastan y de ese contraste nace un resultante. Cuando esta no es aquella flecha mecánica que nosotros he-

mos marcado en el cuadro de fuerzas, debemos someternos, debemos reducirnos a la que resulte con mayor fuerza y con mayor potencialidad. No así el honor. El honor es tan individual, es tan privativo, que en él no cabe sumisión ni a determinaciones de número ni a determinaciones de colectividad, porque el honor..., pero no quiero repetir la hermosa redondilla de Calderón de la Barca; sería una cita tan modesta y está tan en vuestros pensamientos y en vuestras memorias, que no constituiría por mí ningún alarde de erudición, y parecería que iba a buscar la ventaja de la hermosura espiritual de esos versos para traer sobre mí aplausos que merece el excelso poeta, que ya desapareció de entre nosotros hace más de dos siglos. (*Muy bien.*)

Así habéis ejercido una acción ciudadana por ejemplaridad, y de esa acción ciudadana, que no es incompatible con la profesión militar, no hay que estar ausente. La acción ciudadana se ejerce en todos los actos y en todos los momentos, colectiva e individualmente. Este mismo acto que estamos celebrando y los que se van a celebrar después de éste, todavía con mayor amplitud y con mayor fundamento, son una manifestación de acción ciudadana. Aquí venís acompañados de vuestras familias, con la presencia de vuestros Jefes, que demuestran con ella el interés que esta casa les inspira, no sólo por ser hogar de los camaradas de tropa, que con ellos comparten los días buenos y los días malos, sino porque además quieren conocer y ver vuestra vida familiar, quieren conocer y ver vuestro desenvolvimiento, quieren premiar con vuestra asistencia asidua el esfuerzo, la buena orientación, el magnífico espíritu que representa congregarse aquí para recibir en los oídos, prestos a toda aten-

ción, la palabra, siempre bien inspirada y siempre impulsada por la mejor intención, que saldrá todos los días desde este estrado. Hacéis, repito, acción colectiva ejemplar. Vuestras mujeres, presentes, las amigas de vuestras mujeres y vuestros amigos en los distintos círculos sociales en que convivís, recibirán de vosotros la explicación, la narración de cómo fué este suceso, de cómo se desarrolla este ciclo de conferencias, de cómo habéis habilitado por vuestros propios esfuerzos unos locales decorosos en una vieja casa de tradición genuinamente madrileña, que ha sido hogar de un representante de una Nación americana hermana nuestra, para dar cómodo y fácil acceso en ellos a la voz de aquellos hombres a quienes tenéis la bondad de conceder la autoridad y el prestigio suficientes para que os hablen. Y esto que de aquí sale, y que irradiará luego en los hogares, producirá en vuestros pequeños, en vuestros familiares tiernos, la impresión de algo que ya aprenderán para el porvenir, de algo que les preocupará para el porvenir.

No hace tres días distribuía yo, acompañado de la Junta directiva del Centro del Ejército y de la Armada y de la del Tiro Nacional, los premios ganados en un concurso recientemente celebrado. Yo les aseguro a ustedes, que al estrechar en mi mano la de muchos veteranos civiles y militares, militares y somatenistas, obreros tranviarios que en un equipo que han formado habían también ganado un premio colectivo, premio de conjunto, en ninguno de los casos sentía tanta emoción como al ver que había que distribuir un premio a una pequeña fila de jóvenes exploradores, que, con sus pañuelos rojos y amarillos, con sus sombreros de hombres de campo, con sus piernas desnu-

das en señal y exteriorización del deseo de fortalecerlas, miraban atónitos, con los ojos abiertos y con verdadera curiosidad, cómo se desenvolvían todos aquellos actos que un hombre encanecido, que una señorita gentil, que un obrero del tranvía, vinieran a recibir de un Jefe de Gobierno el premio que les había correspondido. Eso tenía, porque estaba vivo, porque iba unido a palabras y a juicios y a entusiasmos y a aplausos, una fuerza mucho más difundidora, mucho más ejemplar y vivificadora que la que pueda tener ninguna exposición doctrinal, ni siquiera una exposición cinematográfica; tenía la vida, que es un elemento tan auxiliar de la enseñanza. Lo que aquí pasa, esta realidad de que yo recojo vuestras miradas y vosotros tenéis la bondad de estar pendientes de mis labios, la existencia, la vida propia real, esa no se sustituye por nada. Pues así vosotros hacéis la expansión por vuestros hogares, en vuestras tertulias de café, en vuestras amistades y relaciones; al hablar de estas cosas vais difundiendo la ciudadanía. Y si además pudierais dar expansión, dar difusión a palabras tan hermosas como las pronunciadas por el Sargento Pereda, en las que, después de esbozar con mesura y discreción insuperables, con una tonalidad tan suave que casi no se percibe, las necesidades y vicisitudes que acompañan siempre a las clases modestas, acaba por decir que las sufrirían mayores, que las ofrendarían mayores todavía, siempre que fuera para el servicio patrio, haríais entonces una gran obra ciudadana, porque la obra ciudadana es principalmente y será siempre educadora.

No sé si he sabido separar y concretar bastante los tres matices que eran fundamento de mi oración: la actuación política, que la hemos rechazado, que la he-

mos dejado aparte de compatibilidad posible con la vida militar. Excepcionalmente, cuando un hombre, apartándose de la profesión de un modo absoluto se entrega a esta otra manifestación de actividad humana, podrá darse la coincidencia, no muy simpática siempre, de esta promiscuidad de actuaciones, que no hemos entendido generalmente como favorable. La actuación profesional, los deberes profesionales, en los cuales no he querido entrar porque los conocéis, constituyen nuestra verdadera religión, y al cumplimiento exacto de ellos hemos de rendir todos los sacrificios. La actuación ciudadana, que era la que principalmente había yo de tratar en esta inauguración de ciclo de conferencias, no solamente es compatible, es obligada y es inevitable; es obligada, porque se manifiesta en la educación de los seres que nos rodean, en la ejemplaridad de nuestros actos, en las manifestaciones de ese espíritu de sacrificio y en la asistencia incondicional a todo lo que represente orden, jerarquía y autoridad, porque con esa asistencia se da siempre un ejemplo de buena ciudadanía, que es preciso que imiten todos aquellos espíritus, que no pueden faltar en la gama humana, dada la variedad de temperamentos y caracteres; todos aquellos seres que, o por irreflexión, o por inadaptación, o por temperamento, o por soberbia, como he dicho antes, están siempre dispuestos a tener una fe en ellos mismos que anula toda posibilidad de reflexión y de acomodamiento a ideas ajenas.

Yo deseo—y he de poner fin a mis palabras, no tanto porque en realidad el tema, por su simplicidad, no requiere mayor desenvolvimiento, como porque no son pocas todavía las atenciones a que he de acudir en el día de hoy—, que este ciclo de conferencias que esta-

mos inaugurando de un modo tan brillante, no principalmente por mi asistencia, que al fin y al cabo por mucho realce que se la quiera dar, es siempre una asistencia individual, sino por la de estos señores, que han honrado nuevamente este salón con su presencia, y por la de las más altas autoridades del Ejército y de la Armada; por la asistencia colectiva de Jefes prestigiosísimos, que han querido dar a este acto verdadero relieve, haciéndose presentes en él, y por la de todos vosotros; por ese interés que se ha despertado, que permite sondear el fondo de estos salones, encontrando en ellos siempre una masa igualmente compacta y atenta; y también por la asistencia de la Prensa, que ha tomado su plaza y su lugar a la izquierda de este estrado, y que ha demostrado con el número de sus representantes la importancia que había atribuído a este acto... puede ser que la Prensa, en ésta como en muchas ocasiones, haya podido cometer un error de apreciación sobre lo que ellos pudieran llamar importancia, pero siempre será para mí un signo de cortesía y de galantería, que habiendo de suponer todos, que son en general jóvenes perspicaces e inteligentes, que yo no había de desenvolver en el tema ningún matiz que pudiera prestarse al comentario, porque puro en su exposición y en su génesis, tenía que serlo también en su desenvolvimiento, hayan coincidido con su presencia en este acto, dándole una importancia tal que ha permitido que se desplieguen numerosas cuartillas y que se pongan en movimiento febril una porción de lápices. Yo deseo—y reanudo el hilo de mi pensamiento—, que estos cursos tengan para vosotros todo el atractivo y toda la enseñanza que lógicamente deben derivarse de ellos, y sobre todo que cualesquiera que

sean los temas que se desarrollen, porque aquí vais a oir en palabras elocuentes el fruto de inteligencias bien preparadas, se conserve siempre en vosotros el anhelo de un más allá, el afán de perfeccionarse, el deseo de aprender y el espíritu de sacrificio, y si de todos esos afanes y deseos sois dueños, tenemos mucho adelantado para que irradien por los ámbitos enteros de la nación. Con todos esos afanes hemos de constituir los más sólidos puntales de la grandeza de España. Yo tengo para mí, y de ello me enorgullezco y me envanezco, que hemos sabido despertar esa sensibilidad de tal modo, y de tal modo hemos sabido purificarla, que nunca como ahora—por lo menos en el espacio de vida que hemos podido contrastar de presencia; nosotros mismos, difícilmente, en épocas anteriores hubiéramos podido hacerlo, porque estos sentimientos colectivos y de comunicación eran muy difíciles—, nunca como ahora, repito, está preparado el país para la realización de sus más altos ideales. (*Muy bien. Aplausos.*)

